
Ángel Landa Reyes.

Viaje a la Atlántida maya.

Créditos.

Autor: Ángel Landa Reyes.

©2026 Ángel Landa Reyes Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en un sistema de información o transmitirse, de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo del propietario de los derechos de autor de este libro.

Ángel Landa Reyes.

Esta novela se la quiero dedicar al arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, al arqueólogo e investigador Eduardo Bonilla, al investigador y explorador Albert Lin, al historiador Juan Solano, y a mi hermano Andrés.

1

Segundo Imperio Mexicano, 1867.

Cada día, cada noche pensé en tu amor, oh amada mía, el mar que siempre cubre con su manto los arrecifes de coral, los peces nadan libres sobre él, y en el conticinio de la noche, en las aguas tranquilas siempre hay un velero que surca los mares del Golfo de México, el capitán Elías, a cargo de su velero *La Gema*, navega tranquilamente sin rumbo fijo, siempre contemplando el atardecer, para por fin perderse horas con un ojo en su brújula y otro en sus mapas, el astrolabio le corrige la ubicación al capitán, pero entiende que entre su brújula y su astrolabio lo guiará a él y su tripulación a un mejor destino, en el Golfo de México.

El capitán Elías reflexiona sobre los atardeceres que el ímpetu del mar no llena el vacío que hay entre la distancia de los arrecifes y su velero, a quién consultar,

a su astrolabio o su brújula, porque los mapas son el reflejo de hasta dónde quiere llegar. Cuando las olas llegan a cubrir la popa y la proa de su velero, todos sus tripulantes se abrazan y piden al cielo que las aguas no sumerjan *La Gema*, pero los más valientes salen de sus camarotes para ajustar las velas. El capitán Elías solo observa que sus marinos le guardan absoluto respeto y obediencia, pero siempre hay un marino entre ellos que le aconseja a tomar buenas decisiones para no ser apresurados al navegar por los confines del horizonte.

— ¿Sucede algo mi teniente? —Pregunta el capitán Elías.

—Todo marcha viento en popa, mi capitán. —Dijo el teniente—. Pero por ahora las aguas se han comportado algo turbias desde que marchamos a estribor.

—Manden un alférez a la cofa. —Dijo el capitán Elías—. He menester saber si hay tierras

cercanas para vaciar y llenar nuestras alforjas de frutas que podamos encontrar.

—También necesitamos agua. —Dijo el teniente—. Tal vez encontremos algunos cocos para llevar con nosotros.

Comenzaron a reír.

El teniente se dirigió a la punta de la cofa, ya que los que tenían el cargo de alférez se encontraban hasta la bodega. Mientras el capitán Elías se acercó a su hija que vestía un polisón de color azul cielo. Su hija la miró de soslayo, y con pasos melifluos lo abrazó. Le acarició el cabello lacio y rubio de su hija.

— ¿Pronto llegaremos a aguas cerca de tierra firme? —Inquirió su hija.

—Por supuesto, ¡vamos viento en popa! —Respondió el capitán Elías de buen talante—. Pronto nos dirigimos a tierras cercanas por el Golfo de

México, para poder descansar y cargar todos nuestros suministros de agua.

—Perfecto. —Dijo la hija del capitán de nombre Alba.

—Puedes irte a descansar en tu camarote. —Dijo el capitán Elías—. El teniente Eduardo está en la cofa observando si pronto llegaremos a tierras cercanas, pero todo parece que vamos viento en popa.

De pronto la voz del teniente Eduardo interrumpió el coloquio entre la hija del capitán y él mismo.

—Capitán, la embarcación parece irse al garete. —Dijo el teniente Eduardo desde la cofa.

El capitán Elías después de meditarlo unos segundos y dio la orden al resto de los marinos.

— ¡Alto! —Dijo el capitán Elías—. ¡Recojan velas! ¡Vamos sin rumbo fijo!

Después mandó al timonel.

— ¡Detengan al timonel! —Mandó el capitán Elías, mientras su hija permanecía en su camarote—. Parece que no marchamos viento en popa.

Recogieron las velas y el timonel se detuvo, el capitán Elías dirigió su semblante a sus mapas y a su brújula, a la luz del día; el astrolabio prefería usarlo de noche.

— ¿Qué nos sugiere hacer capitán? —Inquirió el teniente Eduardo.

No respondió el capitán Elías, existió un silencio total, pero el claro mutismo fue interrumpido por otro marino, quién era el timonel.

— ¡Capitán! —Dijo el timonel—. ¡Tierras! ¡Podemos ver una isla!

El capitán Elías se tomó unos segundos, con presteza tomó el catalejo y su semblante lo dirigió a una

isla, el capitán lo pudo identificar fácilmente como la Isla Cozumel, sin embargo el capitán Elías pudo notar que estaba deshabitada, pero no en su totalidad, pues se podía ver un pueblo llamado San Miguel de Cozumel. Pero toda la gente del pueblo de la isla estaba en sus casas. El capitán Elías ordenó bajar las chalupas del velero, mientras quedaba anclado cerca de los arrecifes de coral.

Salieron de sus camarotes los marinos, y remaron en sus chalupas hasta las costas de la isla. Desembarcaron, trajeron a la isla sus alforjas para llenarlas con agua de coco, y algunos marinos aprovecharon para pescar cerca de los arrecifes de coral y las costas, pues las aguas.

Descansaron los marinos junto al capitán Elías y su hija. Encendieron una fogata para calentar salmones y otros peces que pescaron. A la mañana siguiente, algunas personas comenzaron a salir del pueblo de San

Miguel de Cozumel, pero con talante de curiosidad más que de hostilidad. El capitán Elías lo notó, se levantó y se acercó poco a poco a la persona.

—Capitán Elías, —dijo el teniente Eduardo—, ¿le parece si cargo el trabuco?

—No, baja el arma. —Dijo el capitán Elías—. Son civilizados de la isla Cozumel, mira su ropa, parece ser que son indígenas mayas, con vestimenta típica, y creo que solo sienten curiosidad.

—Haré lo que usted me mande, capitán.

Bajó el trabuco el teniente Eduardo. El indígena maya le obsequió como obsequio de saludo al capitán Elías conchas del arrecife de la isla y algunas plumas de quetzal.

Se acercó Alba al indígena maya y le obsequió su collar de perlas, entraron a la aldea, y comieron tacos y camarones, al anochecer todos bailaron en círculos con todo la gente del lugar con mucho alborozo. Lo

indígenas mayas conocían a la isla como Cuzamil, y el pueblo, como San Miguel de Cozumel, el capitán Elías y sus marinos llamaban a la isla como Cozumel, y el pueblo del mismo nombre.

2

La historia de los habitantes de la isla Cozumel.

La mañana siguiente tomaron sus alforjas todos los marinos de la tripulación del capitán Elías y las llenaron con toda clase de frutas que podían encontrar, era un ambiente muy tropical, de una selva muy diversa, el clima era muy agradable para todos aunque en las noches hacía viento. Tuvieron un talante de mucha curiosidad la tripulación del capitán Elías, y al conversar con ellos, la gente del pueblo de San Miguel de Cozumel, les dijeron que el lugar no siempre fue un lugar tranquilo, no se referían a los tiburones o jaguares

que habían en la isla, pues lo más peligroso que habían pasado era la piratería y las epidemias que habían pasado y que ellos, los mayas y mestizos eran refugiados de la Guerra de Castas. Entendían bien el idioma maya y el español; aunque preferían no hablar de la piratería de la isla con cualquier desconocido, pues les seguían teniendo miedo a los piratas que frecuentaban el lugar, por lo que ellos también cargaban trabucos, lanzas, y hachas para poder defenderse.

A la noche siguiente, la tripulación y el capitán Elías dormían cerca de las costas de la isla y el pueblo, cuando escucharon música, y personas cantando, se levantó Alba y ella misma despertó a su padre, todos fueron a ver de dónde venía la música, y los cantos. Recorrieron varias calles en el pueblo de San Miguel de Cozumel, pero no hallaron nada; vieron que los cantos y la música provenían del interior de la selva, caminaron por varios árboles, despertaron y volaron

algunos quetzales y águilas, pero los jaguares permanecieron dormidos, se sintieron tranquilos y con suerte de no ser atemorizados por algún animal salvaje.

Al otro lado de la isla, al pasar por toda la selva encontraron varias personas vestidas con ropas típicas mayas, que aplaudían, pidieron que las dejaran pasar, porque querían ver qué había detrás de todo el aplauso, los cantos y la música. Encontraron bailarinas mujeres mayas bailando desnudas con collares de flores, que formaban un círculo en el interior había una fogata, con el humo que llegaba hasta el cielo nocturno, eran cerca de veinte mujeres desnudas, que danzaban al compás de los músicos que si vestían su ropa tradicional maya. Los marinos les alegraron ver a las bailarinas desnudas que eran todas de aspecto joven, damas de entre los veinte y cuarenta años. El cuerpo de las mujeres era delgado y atlético que resultaba seductor a la vista, al verlas desnudas con sus collares de flores. Las personas que estaban alrededor de ellas que aplaudían con

mucho alborozo bebían pulque que venía de la pulquería del pueblo de la isla, algunas personas se embriagaban pero respetaban a las mujeres y no les hacían daño, mientras otros se mantenían sobrios. Pero cuando se acercaban a las mujeres los marinos, las personas del lugar detenían a la tripulación, para que ellas realizaran su danza. El capitán Elías observaba el cuerpo de las bailarinas, con mucho asombro, pero volteaba a ver a su hija de soslayo, y al recordar la madre de su hija, Rosalba, que vivía cercana al puerto de Veracruz, solo pudo exclamar "¡Dios mío y Padre mío!". A los marinos les ofrecieron pulque y ellos obedecieron las indicaciones del capitán Elías, que solamente con moderación y que no se embriagaran, pues no quería que sucumbieran a las mujeres danzantes.

El teniente Eduardo alcanzó a ver un joven maya que ya estaba algo embriagado con pulque en el suelo, pero le llamó la atención que tenía unos extraños

pergaminos de papel amate, así que fue con presteza, los tomó, la persona no se dio cuenta, pues terminó dormida en el suelo, pero lo levantó, se lo llevó a sus hombros y lo acostó cerca de un ahuehuete, y lo cubrió con su sombrero, los demás ignoraron lo que hacía, pues prestaban más atención a la danza de las mujeres. El teniente Eduardo abrió el pergamino enrollado y encontró en ellos unos mapas, los volvió a enrollar y los guardó una mochila de cuero que él mismo cargaba. No lo dijo a nadie más, al final de la media noche tomaron sus collares las mujeres y las aventaron a la fogata, y continuaron con la danza.

El capitán Elías ordenó a sus marinos que regresaran todos a las costas donde se encontraba su velero, no quería que terminaran embriagados con el pulque o que se entregaran a los placeres con las mujeres, hicieron caso al capitán y regresaron. El capitán Elías se quedó con su hija, Alba para ver cómo terminaba todo, las mujeres al terminar la danza, solo

bebieron un poco de pulque y se vistieron. El capitán Elías prefirió regresar a las costas con sus marinos, y su hija. Pero ella se sentía un poco avergonzada porque su padre observó a las mujeres desnudas danzar, mientras pensaba en su madre.

3

Los pergaminos enrollados.

El teniente Eduardo guardaba los pergaminos elaborados con papel amate en su mochila de cuero, pero los mantuvo en total secreto sin llamar la atención de nadie, no quería despertar la curiosidad de ninguno de sus compañeros después del baile que pudieron presenciar todos. Pero todos hablaban entre ellos, querían saber porque aquellas mujeres realizaron la danza. Cuando en la noche cerca del amanecer, de las cinco de la mañana vieron al capitán Elías llegar con su hija, Alba, vestida con el mismo vestido de algodón

azul cielo que cargaba desde el velero que permanecía en los arrecifes. Todos corrieron al capitán Elías y su hija, para saber la razón del baile.

— ¡Capitán! —dijo uno de los marinos.

— ¡Díganos capitán! —dijo otro de los marinos.

Después el teniente Eduardo se subió a una roca grande de la costa y silbó un silbato. Todos voltearon a verse entre sí, y prestaron atención al teniente Eduardo.

—Déjenme que le pregunte capitán Elías. —Dijo el teniente Eduardo—. Queremos creer menester saber la razón de la danza de aquellas mujeres que no vestían ropa alguna.

—Parecía que tenían poco pudor. —Dijo uno de los marinos.

Alba tomó al capitán Elías de las mangas arremangadas de la guerrera naval de marino que vestía.

Viaje a la Atlántida maya.

—Es 26 de Julio de 1867. —Dijo el capitán Elías—. Están celebrando el fuego nuevo que la cultura azteca solía celebrar cada 52 años. Los mayas lo celebran cada 26 de Julio como tradición a la cultura de sus ancestros, es como una forma de llevar la cuenta; aceptan el catolicismo, que trajeron los españoles, precisamente Juan de Grijalva. Pero no les gusta perder sus tradiciones, valoran mucho la cultura de sus abuelos.

— ¿Deberíamos quedarnos? —Inquirió uno de los marinos—. ¿Lo considera oportuno volver al velero?

—Nos podemos sentir tranquilos. —Carraspeó el capitán Elías—. Desde la conquista española dejaron los sacrificios humanos a los cenotes en el pasado, ellos solo realizan danzas como tradición y también para divertirse. Son todos civilizados como les dije al principio.